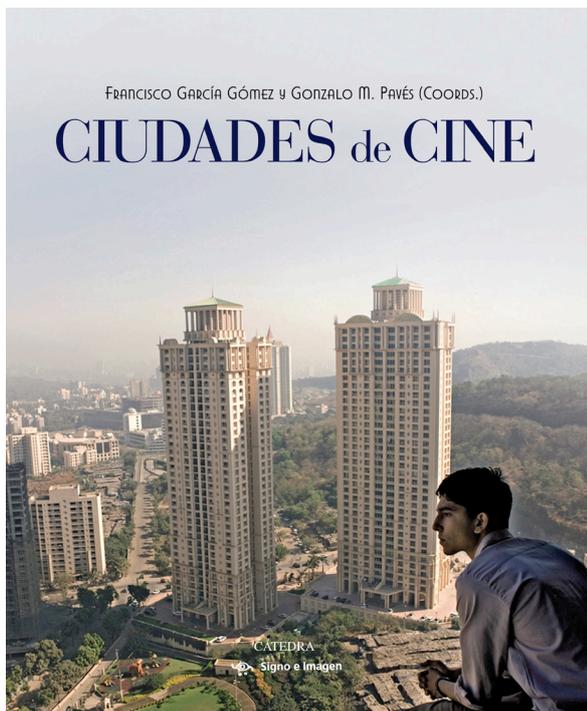


Ciudades de cine

GARCÍA GÓMEZ, Francisco y PAVÉS, Gonzalo M. (coords)
Madrid, Cátedra, 2014



Nunca se llega inocente a una gran ciudad. Al pisarla por primera vez, resulta muy difícil evitar tener una extraña y difusa sensación de familiaridad, como si ya antes se hubiese estado ahí en el pasado. La literatura y las artes visuales han favorecido la elaboración de una representación mental, más o menos precisa de estos espacios de convivencia. En su condición de medio de masas por excelencia de nuestro tiempo, ha contribuido más que ningún otro arte a prefigurar las imágenes que de ciertas ciudades se tienen, y a modelar un imaginario urbano colectivo. Con su poderosa capacidad de sugestión y su fuerte impresión de realidad, el cine posibilita al espectador disfrutar del don de la ubicuidad, desplazar-se virtualmente por infinitud de lugares.

Estas certeras palabras con las que Francisco García Gómez, profesor de la Universidad de Málaga, y Gonzalo

Pavés Borges, docente de la Universidad de La Laguna, ambos historiadores del arte con reconocida trayectoria investigadora en ámbitos urbanos y cinematográficos, expresan sus premisas e introducen al lector en un apasionante viaje fílmico a través de veintinueve ciudades, de una veintena de países repartidos en los cinco continentes. Lo primero a destacar es que se trata de un manual concebido desde una perspectiva interdisciplinar y, por ello, no es de extrañar que del itinerario propuesto formen parte también, aunque en número sensiblemente inferior, diferentes ensayos que centran su atención en asentamientos urbanos de la Antigüedad, en pueblos del Oeste o en ciudades imaginarias. Esta visión interpretada, como no podía ser de otra manera, desde la peculiaridad que encierran sus respectivos géneros, completa y ratifica la trascendental relación que los cineastas, desde sus orígenes y hasta la actualidad, han venido estableciendo entre cine y desarrollo urbano. Estamos, por tanto, ante un libro cuyas páginas nos invitan a deambular por el espacio y el tiempo, por la realidad y la fantasía, forjándonos un recorrido rico en matices y enfoques, por el que podemos transitar, cómodamente guiados por la mirada escrutadora de un nutrido grupo de poco más de treinta investigadores españoles, que apoya sus interpretaciones en una selecta y rigurosa bibliografía.

Como bien señalan los coordinadores en el capítulo que, bajo el título *La ciudad en el cine. Entre la realidad y la ficción*, firman conjuntamente, la cámara cinematográfica se ha sentido atraída por el desarrollo continuo de las urbes, convirtiéndose no solo en testigo elocuente, sino también en cómplice de un imaginario urbano del que el espectador se ha apropiado sin esfuerzo, hasta el punto de que es capaz de identificar barrios, monumentos, calles o hitos arquitectónicos de una ciudad determinada, sin haberla visitado. Conscientes, sin embargo, de la subjetividad que acompaña a los cineastas y de la visión fragmentada y ficticia que en consecuencia percibe el público, plantean en esta obra tres objetivos fundamentales: primero, analizar los procedimien-

tos que conducen a la identidad urbana, centrándose en la arquitectura y el urbanismo; segundo, esclarecer el modo en el que el cine ha representado determinadas ciudades, revelando las diferentes gráficas que contribuyen a pensarla y tercero, entender la lectura que de la ciudad hace el espectador, dilucidando sus iconos, para finalmente configurar su prototipo urbano. Sin duda, en este triple análisis radica uno de los méritos más sobresalientes del libro, teniendo en cuenta que precisamente ese carácter transversal ha exigido a sus autores una labor investigadora concienzuda y una compleja metodología, que no se detecta, hasta el momento, en otras publicaciones que se han aproximado al tema. Al respecto, resulta evidente que su formación como historiadores del arte refrenda el éxito del resultado, pues a la lectura científica de entidades urbanas y arquitectónicas, se suma una interpretación avalada por técnicas instrumentales propias de la estética y la sociología.

No es extraño, por tanto, que en las primeras páginas de este manual, aplicando la teoría de la Gestalt, que explica cómo nuestra percepción visual distingue en una imagen, figura y fondo, se nos plantee una reflexión conceptual sobre el espacio fílmico que, en esta ocasión, centra su interés en la ciudad. Al igual que ocurre en la pintura o en la fotografía, el cine recrea el espacio bidimensional, si bien incorpora el movimiento y, con ello, la dimensión temporal. En consecuencia, el resultado es una narración mucho más versátil, definida por una trama argumental que se desarrolla a través del tiempo y en un lugar determinado, un ámbito que queda grabado en la retina del espectador como escenario indisoluble a los hechos. Su presencia resulta inevitable, siendo más o menos perceptible, en función de los elementos que conforman su propia imagen identitaria o en atención a los intereses estéticos de los cineastas. Dicho de otro modo, la ciudad se viene exhibiendo en la pantalla a impulsos de motivaciones y formas diversas, cuyo análisis enriquece el interés de esta publicación. Así, se nos hace ver cómo las perspectivas de ciudades dotadas de acusada personalidad arquitectónica o urbanística, caso de Venecia, París o Nueva York, resultan reconocibles de inmediato. Otras lo son por la singularidad de sus hitos monumentales, como Londres y su Big Ben, o El Cairo con las Pirámides y la Esfinge; mientras un tercer grupo de localidades, aun ofreciendo emblemas urbanos, no resultan suficientemente representativas por carecer estos de impacto mediático. Inconveniente este, que

las grandes ciudades de la actualidad vienen eludiendo al incorporar a su singular trazado uno o más edificios de fuerte impacto visual, preferentemente diseñados por los *blue chips*, valores de firma, de la arquitectura actual. Representativa en tal sentido, es Dubai con la Torre Burj Khalifa, cuya desmesurada altura marca un hito referencial en su *skyline*, facilitando, por otra parte, su rápida incorporación a la pantalla, una vez convertida en protagonista de una tensa secuencia recreada en una reciente película de acción.

Claro está que también existen soluciones opuestas que optan por diluir o alterar los prototipos urbanos, restándole prestancia en el espacio fílmico. Y es aquí donde entran en juego los cánones estéticos de los directores, sin olvidar tampoco los singulares códigos que, en tal sentido, imprimen determinados géneros, caso por ejemplo de los *thrillers* y films de terror. En ocasiones, la alteración u ocultación de tópicos urbanos es tal, que el resultado deriva en una abstracción, en un territorio en el que el espectador se siente perdido y un tanto agobiado, aumentando el efecto dramático. En otras, el origen de este camuflaje obedece a razones de reproducción originadas por motivos presupuestarios o imposibilidades burocráticas de rodaje. Sea el motivo que sea, lo cierto es que la ciudad sigue desempeñando su papel en la trama cinematográfica, independientemente de que asuma incluso un rol que históricamente no le es propio, caso de Praga, Viena o Budapest, transmutadas frecuentemente, gracias al montaje, en otras ciudades europeas. Es más, a veces se mezclan sus símbolos, originando núcleos urbanos imaginarios, algunos con mayor acierto que otros, pero en cualquier caso, productos todos de la capacidad de articulación de los montadores que, con sus herramientas técnicas, convertidos por momentos en urbanistas y arquitectos, alteran la realidad espacial. No se trata ya de recreaciones, sino de auténticas creaciones urbanas que enriquecen el imaginario fílmico. En esta potencialidad del montaje radica precisamente otra de las reflexiones en las que profundizan los autores del libro, insistiendo sobre todo en uno de sus artificios: la ubicuidad. En efecto, solo a través del cine podemos disfrutar de ese anhelado don que nos permite deambular, sin solución de continuidad, de un lugar a otro; y solo su virtualidad es capaz de hacernos sentir transeúntes de ciudades reales o imaginarias. Por otra parte, a nuestro movimiento virtual se suma también el ajetreo de sus habitantes que, con su devenir diario y costumbres,

completan la fisonomía urbana convirtiéndola en un organismo vivo. Hablamos de nuevo de la dimensión temporal del cine, esa cualidad que marca la diferencia respecto a las recreaciones que, con análogo fin, abundan en otras prácticas artísticas.

Los vínculos existentes entre ciudad, géneros cinematográficos, movimientos, autores y películas, supone otro interesante aspecto que se ha podido analizar y de algún modo sistematizar, gracias a los trabajos reunidos en este libro. De ese ejercicio investigador se desprende que en algunos géneros del Hollywood clásico, la representación del espacio público resulta consustancial a sus respectivos relatos. Entre los diferentes paradigmas que se estudian, sirva como ejemplo el definido por el *film noir*, cuya predilección por el rodaje en la calle es innegable, transformándola en un lugar enigmático, favorable a las emboscadas y al crimen. Ahora bien, no todos los entramados urbanos resultan propicios a este fin, de modo que también se establecen determinados estereotipos, caso de Nueva York y Chicago, elegidos por el perfil más duro que les imprimen sus rascacielos. En Europa, el cine negro convirtió a París y a Marsella en ciudades peligrosas y hostiles, mientras que en Japón, los cineastas han optado por rodar sus escenas en un número mayor de ciudades, destacando entre ellas Tokio, Osaka y Yokohama. Lejanos al modelo americano se desarrollan, por otra parte, diversos géneros que también sitúan la narración en dominios urbanos, como el cine alemán de la República de Weimar y el soviético mudo. Bajo supuestos estéticos diferentes, dentro también de la filmografía europea, destacan recreaciones marcadas por el lenguaje estético de las vanguardias históricas, sin olvidarnos del posterior neorrealismo italiano, cuya influencia se hizo notoria a escala mundial. En cuanto a la relación entre directores y ciudades, la conclusión nos muestra también diversas opciones. Frente a la producción cosmopolita y errante de Roman Polanski, destacan otras que deben mucho a la relación personal que establecen sus respectivos directores con una ciudad determinada, tales como Manoel de Oliveira y Oporto, Fellini y Roma, Almodóvar y Madrid,

Ingmar Bergman y Estocolmo o Woody Allen y Nueva York, por citar algunos ejemplos.

Por otra parte, la ciudad, como toda creación humana, lleva implícita no solo su génesis sino también su destrucción. El cine de catástrofes, de ciencia ficción, el bélico y algunas películas de acción, nos proporcionan esa visión apocalíptica, de la que los coordinadores de este libro también dan buena cuenta. La naturaleza indómita enfrentada a la obra humana, animales que abandonan la selva y desafían la artificialidad de la ciudad, extraterrestres que derriban hitos monumentales o terroristas que en nombre de sus ideas políticas o religiosas asolan iconos ideológicos contrarios, integran un amplio abanico de propuestas.

En definitiva, los autores de este manual publicado en la colección Signo e Imagen de la editorial Cátedra, han cubierto de sobra su objetivo. No es frecuente abordar la relación del cine y la ciudad de forma conjunta y desde todos los aspectos propuestos: urbanísticos, arquitectónicos, históricos, técnicos... y demostrar que no son excluyentes entre sí. No se trata, por tanto, de un mero recorrido por los escenarios urbanos que en más ocasiones han recreado los cineastas, disponiendo todos sus recursos al servicio de los mismos, sino de un análisis profundo y científico que nos ofrece las claves para entender el origen y desarrollo de distintas asociaciones urbanístico-cinematográficas.

Bajo una perspectiva científica y rigurosa, pero con un lenguaje ágil y ameno, evitando que los lectores se pierdan en requiebros tecnicistas, los autores nos hacen reparar en tópicos, en escenarios reales o ficticios e incluso en las diferentes versiones que de una misma ciudad nos ha reproducido la pantalla, dependiendo del país que la difunda. Son «Veintinueve ciudades y algunas más», como indican sus coordinadores, que el cine, con su poder de seducción y magia nos permite visitar una y otra vez, forjando en nuestra mente su fisonomía y personalidad y enriqueciendo, en consecuencia, nuestro imaginario urbano.

Ana María Quesada Acosta
Universidad de La Laguna